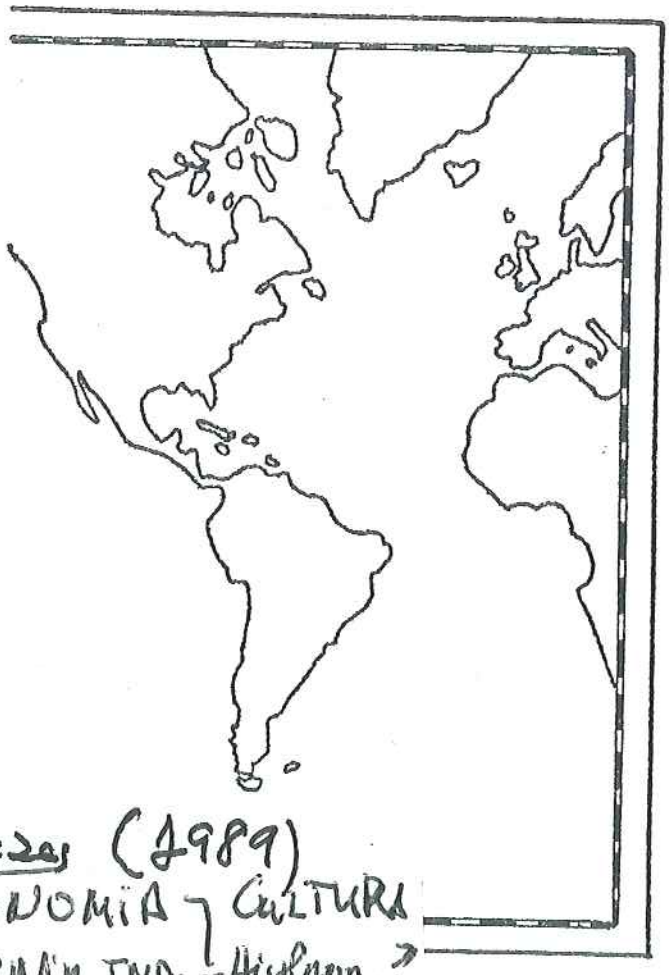
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE AMÉRICA LATINA
UNIVERSIDAD „JÓZSEF ATTILA" DE SZEGED

HUNGRIA 1989

IGLESIA, RELIGIÓN Y SOCIEDAD EN LA HISTORIA LATINOAMERICANA (1492—1945)



T. Carlo Bueza (1989)
"Misión, Economía y Cultura en la California Ind.-Hispana..."

JATE KIADÓ

**

HUNGRIA
1989

Tomás Calvo Buezas

MISION, ECONOMIA Y CULTURA EN LA CALIFORNIA INDO-HISPANA-MEXICANA

La historia social y cultural del Suroeste de los Estados Unidos no puede comprenderse sin tener en cuenta la presencia española, que colonizó aquellos territorios desde los primeros años del Descubrimiento, y creó comunidades en una síntesis cultural indo-hispana-mexicana. Sus nombres como Nevada, Colorado, Florida, Nuevo México, California, Arizona son exponentes de esa aportación cultural española.

California sería el último territorio colonizado, llegando en 1769 la expedición de Don Gaspar de Portola, y principalmente el peregrinaje pionero del Padre Junípero Serra, verdadero fundador de la California hispana. Las *Misiones* fueron unas creaciones religioso-socio-político-agrícolas, verdadera espina dorsal de la colonización californiana.

En 1822 California se convierte en provincia mexicana, en 1846 se declara en Sonoma la República Independiente de California y en 1848 pasa al joven país de los Estados Unidos por el Tratado de Guadalupe Hidalgo, quien se compromete a respetar la propiedad, la lengua y la religión de las comunidades indo-hispanas-mexicanas.

El *Manifest Destiny* se cumplió, pero las promesas fueron rotas, comenzando la saga de los *californios e hispanos,* quienes poco a poco fueron perdiendo sus tierras, su poder político y la lengua castellana como idioma oficial de California. Todo ello se aceleró con el descubrimiento de oro en California en 1848 y la explosión de la aventura hacia el Oeste, llegando las grandes empresas de ferrocarriles, los bancos y las grandes empresas; todo esto cambió la tradicional estructura demográfica, económica, cultural y política de California, siempre en favor de los recién llegados, quedando los propios como extranjeros en su propia tierra.[1]

El contexto histórico: California india, española, mexicana y yanquee

California tiene hoy una extensión de 158.693 millas cuadradas, siendo el tercer estado más extenso de los Estados Unidos. Flanqueado

por cadenas montañosas se extiende el Valle de San Joaquín, que está considerado hoy como la zona agrícola más rica de los Estados Unidos y probablemente la más fértil del mundo. Dos caudalosos ríos, el río San Joaquín y el Sacramento, facilitan el transporte y la expansión comercial. Las grandes montañas nevadas, que en otro tiempo imposibilitaron el paso hacia el Oeste, hoy son fuente de energía y de millones de litros de agua, que convierten en fértiles valles, lo que para los indios y españoles fueran desiertos ardientes e infecundos.

Cesto indio, arado español y tractor norteamericano pueden ser los símbolos indicadores de tres formas sucesivas de relacionarse el hombre con la tierra, tres maneras de „cultivar el agro" o de agri-cultura en California.

Los indios, que llegarían a 150.000 en California en el siglo XVI, eran cazadores y recoletores en sistema de propiedad comunitaria, que ocupaban las laderas de las montañas o riberas de los ríos, según una división tribal del territorio. Era una cultura del arco y el cesto, hasta que un día llegaron otros hombres de „rostros pálidos" con otra cultura y otra forma de relacionarse ecológicamente con la tierra.

El 28 de noviembre de 1542 pisó la bahía de San Diego el primer galeón español capitaneado por Juan Rodrigo Cabrillo. Siguieron otros viajes exploratorios, como el de Sebastián Vizcaíno en 1602. Pero estos atracos fueron únicamente de provisión de agua y carne fresca, ya que algunos venían de paso de las Filipinas. En los ciento sesenta y siete años siguientes se perdió todo contacto con la alta California. Pero ante el peligro de invasión de los Rusos, interesados en pieles de animales, la Corona española decidió la colonización de California. Fue un precioso florón, el último, del Imperio español ya desmoronándose. Don Gaspar de Portola, primer Gobernador y el Padre Junípero Serra, Superior de los Franciscanos, atracaron a las Costas de California en 1769 con sesenta y cuatro personas, iniciándose los cincuenta y tres años de la colonización hispana. Era la cultura de la espada, de la cruz y del arado. Del arado... y de las alforjas; allí venían los secretos del hombre blanco; allí encerraban simientes de granos domesticados, diminutas plantas, granos de árboles, gramática castellana, cartas del Rey de España, rituales católicos, Cruces, Vírgenes y Santos. Eran otros dioses, otra lengua, otra forma de trabajo social... otra cultura, y por ende otra agri-cultura.

Presidio. Misión y Pueblo forman el trípode institucional de la organización político-religioso-social de la colonización española. Los presidios se construyeron sobre la Costa del Pacífico para protegerse de los piratas, principalmente ingleses. Tomar hoy el „camino Real" - *Highway 101*- es delicioso banquete patriótico para un español: San Diego, San Luis Obispo, Santa Bárbara, Santa Cruz, San José, San Francisco... y así los Padres fundaron veintiuna misiones, hoy populosas ciudades, que se extienden sobre la Costa del Pacífico desde San Diego a San Francisco. Los *Padres,* así llamados aún hoy por los parlantes ingleses que de 1769 a 1845 llegaron en número de 146, fueron misioneros, patrones de ranchos, educadores de artes y oficios. Enseñaron a lós indios labores agrícolas como las de arar, sembrar y cosechar la tierra; criar animales para comida y sebos, usar carretas con ruedas, montar caballos, fabricar instrumentos de hierro, construir casas de adobe y ladrillo. Se calculan en unos 30.000 los indios californianos asentados, organizados y aculturizados por los misioneros.

Cada Misión administraba grandes cantidades de tierra y ganado, empleando gran número de indios en la nueva economía agrícola y ganadera. La Misión de San Gabriel, por ejemplo, para 1834 llegó a administrar 17 ranchos, 105.000 cabezas de ganado, 20.000 caballos y 40.000 ovejas. Cada sábado se mataban cien reses, trabajándo para la misión unos tres mil indios.[2]

Junto al presidio militar y la Misión religiosa-agrícola, nacieron los pueblos. El primer pueblo fundado en California fue *San José de Guadalupe* (1777) y el segundo *Los Angeles* (1781). Los Angeles se fundó el 4 de septiembre de 1781 bajo el rumboso nombre de „Pueblo de Nuestra Señora La Reina de Los Angeles de Porciúncula". Hoy, unos doscientos años más tarde, en esa economía de elipsis verbal norteamericana se llama *LA* y las veintidos personas fundadoras (dos españoles, dos negros, ocho mulatos, nueve indios hispanizados y un mestizo) se han convertido en siete millones de habitantes, el 35% de la población californiana.

La estratificación social en la colonia estaba fundada sobre un sistema semifeudal de estratos sociales y castas, basados en parte en aspectos étnico-raciales. En lo alto de la pirámide social estaban los blancos *gente de razón,* así llamados; eran los misioneros y oficiales militares españoles, que eran los únicos que poseían el poder, siendo los

únicos a quienes la Corona de España concedía las tierras. Luego venían otros blancos españoles o criollos mexicanos blancos, que eran artesanos, soldados y herreros. Les seguían los mexicanos mestizos o mulatos, que eran los vaqueros, borregueros, yunteros, muleros. Y en la base inferior de la pirámide estaban los indios.

En 1822 México se declaró definitivamente independiente de España. Pocas cosas cambiaron al parecer en la tranquila provincia californiana, pero fueron decisivas para el futuro. Se otorgaron abundantes títulos de propiedad de la tierra, y se ordenó *la desamortización de las Misiones,* contribuyendo con esas dos disposiciones a un cambio revolucionario a la vida económica, social, política de California.

Otra decisión importante del nuevo gobierno mexicano, nacido en las entrañas el liberalismo, fue la disposición de libre comercio. Con esta medida las costas californianas se vieron frecuentemente visitadas por un intenso comercio de Boston-San Francisco, que traía zapatos y utensilios y se llevaba cueros y sebos. Pero con el comercio llegaron los comerciantes *yanquees,* que pusieron su residencia en California, se casaron con las hijas de los *Californios* que eran „gente de razón", aprendieron la lengua, se convirtieron al catolicismo, con lo cual podían hacerse ciudadanos mexicanos... y, lo más importante, solicitar títulos de propiedad de la tierra, haciéndose terratenientes.[3] De esta forma se inició la entrada de residentes yanquees a California.

En este período de provincia mexicana se hacen tres asentamientos por tres no hispanos, que consiguen títulos de propiedad del Gobierno de México, y que son decisivos para la estructura de la propiedad californiana. En 1838 John Marshall se asienta en el Valle de San Joaquín, siendo el primer hombre blanco que puso un rancho en este fabuloso valle. En 1839 John L. Sutter se asienta en la desembocadura del río Sacramento. Y en 1841 John Bidwell toma sus propiedades al norte de California en el actual Chico. Los *Johnes* habían reemplazado a los *Don Juanes.*

Un factor externo, el expansionismo del *Manifest Destiny* de la joven nación USA, y otro factor interno, la población residente *Yankee* encasillada en una legislación y lengua ajena, provocaron la pérdida para México de California. En 1846, en Sonoma, emigrantes *Yankees* levantan la bandera del Oso, declarando la República Independiente de

California; y ese mismo año es ocupada militarmente por las tropas de USA que estaban en guerra con México por la cuestión de Texas. En 1848 por el Tratado de Guadalupe Hidalgo, México cede a los Estados Unidos por quince millones de dólares, todo el suroeste hispano-mexicano comprometiéndose USA a respetar la propiedad, lengua y religión de la zona conquistada.[4]

„México no sólo perdió un Imperio, sino que entregó a su pueblo". La población hispano-mexicana de California, aunque pequeña en número (unos cuarenta y cinco mil hispanoparlantes, de ellos treinta mil indios aculturados) eran firmes y consolidados asentamientos, tanto en su organización social como en su economía de subsistencia con su agricultura de huertos, olivares, viñas y sus ranchos de trigo y ganados, comerciando cueros y sebos, dando como resultado unas fuertes unidades culturales indo-hispano-mexicanas.

Un factor demográfico externo —emigrantes arribando a California— desencadenó causalmente un proceso rápido de cambios sociales, que pueden categorizarse de revolucionarios. El señuelo fue el *golden metal*, el oro de los hombres y de los dioses. El grito de *¡Oro en California*! se convirtió en mito, que atrajo peregrinaciones interminables de emigrantes que con sus *wagons* iniciaron la aventura del Oeste. Más tarde Hollywood lo transformaría en mito universal. El 24 de enero de 1848 James W. Marshall encuentra unas pepitas de oro en el Norte de California. En ese año había unos veintiseis mil blancos, creciendo en 1849 hasta ciento quince mil. Pero pronto los buscadores de oro, trabajando por cuenta propia con pala y criba, se vieron desplazados por la *empresa capitalista* de minas. Nació así por primera vez en California un capitalismo industrial y un proletariado obrero.

Con el aumento de la población, creció la demanda de productos alimenticios, incrementándose la producción agrícola y ganadera. Primero fue el trigo, alimento básico cultural del europeo, llegando California a producir más que todo el resto de la nación en 1978. Igualmente fue aumentando la ganadería, hasta que un factor físico incontrolable, las grandes sequías de 1862 y 1864, decidió la balanza a favor de la agricultura y en contra de la ganadería; murieron unos tres millones de vacas. El Valle de San Joaquín se convirtió en granero del mundo con sus famosas *Bonanzas Farms*. Su espíritu era típicamente capitalista: producción en gran escala para ganar el mayor dinero posible

en el menor tiempo posible; no estaban interesados como *las Misiones* en diversificar la producción, irrigar, no gastar la tierra, producir para el consumo. En 1870, había sembrados de trigo en el Valle de San Joaquín en ciento cincuenta mil acres. La producción de trigo subió vertiginosamente en California. En 1860 se cosecharon seis millones de fanegas de trigo, en 1870 ascendió a dieciseis millones de fanegas; en 1880 se llegó a veintinueve millónes y en 1890 se llegó al tope de la producción de trigo con cuarenta millones de fanegas.

Pero lo más importante en este período fue el proceso de concentración de la propiedad. De ola de emigrantes europeos recién llegados, hubo una minoría que se dedicó a acumular títulos de propiedad de la tierra, de forma que cuando en 1860 los buscadores de oro intentaron asentarse en la tierra de „nadie", no la encontraron. La estructura de la propiedad de la tierra, a diferencia del resto de la nueva nación norteamericana, tenía una morfología de concentración monopolista que ha perdurado hasta nuestros días.

Esta concentración arranca de la estructura semifeudal de la Colonia. España concedió cuarenta títulos de propiedad de tierras. México concedió de 1822 a 1848 unos ochocientos títulos, junto con la *desamortización en 1834 de las Misiones*. Todo ello terminó en un proceso de *concentración de la propiedad*, porque los ranchos de los Padres pasaron a las manos de „la gente de razón"; y los títulos de la propiedad pasaron tras la ocupación yankee a poder de los emigrantes europeos que terminaron a final de siglo adueñándose de las tierras de los ricos „Californianos". Robos, engaños, disposiciones fraudulentas de impuestos fueron los medios de expropiación en un proceso de concentración de poseedores de títulos. Un 40% de la tierra fue judicialmente vendida a conocidos èspeculadores en complicidad con los jueces. El Rancho de los Alamitos, de 265.000 acres de buena tierra, fue obligado por la Corte de Justicia a venderse, por no pagar los 152 dólares de deudas de impuestos. El Rancho Santa Gertrudis, que valía un millón de dólares, fue obligado a venderse por cinco mil dólares. Un tal José Dominguez de Santa Bárbara vendió un título de propidad de 208.742 acres de tierra por un dólar.

Para 1871 estaba fijada la estructura de la propiedad de la tierra. Por un proceso de especulación, la tierra siguió en pocas manos, pasando de tipo de feudalista de propiedad a la concentración monopolista de signo

capitalista. En 1871 616 hombres en California poseían 8.685.439 acres de la mejor tierra; para ese año únicamente un 1% tenía apellido español, cuando cincuenta años antes casi el 100% estaba en manos hispanas.

Años más tarde, un poeta chicano evocaría así este proceso:

„Llegaron a nuestros ranchos
muertos de hambre,
implorando amistad cuando les seguía
el polvo de la muerte...
Se perdieron las tierras
en falsos cielos azules,
y el mendigo que llegó a cenar,
engañó las puertas,
y se quedó en casa".[5]

El ocaso de las Misiones y de la cultura hispana: desamortización y ocupación de los Yanquees.

El ocaso de las Misiones coincide con el inicio del proceso Independentista y la aceptación del liberalismo en la clase civil dominante, que tuvo su manifestación fáctica en la política del nuevo gobierno mexicano con la secularización y desamortización de las Misiones californianas. Este hecho revolucionó la producción y relaciones sociales en California, la estructura de la propiedad, la distribución del poder social y político, debilitando la cohesión y fuerza del grupo indo-hispano-mexicano frente al otro fenómeno revolucionario en California, como fue la llegada de miles de emigrantes yanquees con el descubrimiento del oro, que terminaron en la ocupación estadounidense de California y en el ocaso del poder y cultura hispano-mexicana.

La llegada a la Bahía de Monterrey el 20 de noviembre de 1818 del rebelde patriota y pirata argentino Hipólito de Bouchard, que saqueaba las costas y Misiones bajo la proclama de la „libertad" luchando contra la dependencia colonial de España en nombre del liberalismo puede representar un símbolo de los nuevos tiempos y de los cambios que se avecinaban. Esos años del proceso independentista las presiones de los soldados de uno y otro bando cayeron sobre las Misiones y sobre los indios aculturados, abandonando muchos de ellos las Misiones.

Durante el período mexicano de California (1822–1848), la política de la secularización y desamortización de las Misiones fue el hecho más revolucionario, que transformó económica y socialmente las relaciones sociales, pasando el poder de los Padres a la nueva élite política y económica, que se enriqueció aun más con las propiedades de las Misiones.

Como hemos visto el proceso de secularización tenía generalmente dos momentos muy diferenciados: las tomas de los bienes (tierras, ganados, edificios, instrumentos) por parte del Estado, entregándosela a un administrador civil y un segundo momento de la venta pública a los particulares. En muchas ocasiones las tierras fueron ocupadas o saqueados sus ganados. La administración pública comenzó generalmente en 1834 y la mayoría de las Misiones se vendieron en 1845 y 1846. Pues bien, durante esos once o doce años, el valor de los ranchos bajó drásticamente, además de que eran vendidos a familiares y socios ricos a bajísimos precios. De las 21 Misiones, once únicamente fueron vendidas, una regalada, cinco Misiones no encontraron comprador a la hora de la venta pública, y las cuatro restantes fueron invadidas y saqueadas. El total de las Misiones vendidas ascendió a 46.770 pesos; dos de ellas –San Buenaventura y San José– se vendieron por 12.000, San Rafael por 8.000 y Santa Bárbara por 7.500; y otras cuatro llegaron a venderse por menos de mil pesos.

Este derrumbe económico se evidencia en que los 8 millones de acres con sus miles de ganados que en 1846 fueron vendidos y amortizados eran valorados en 1830 en 76 millones de pesos; a la hora de venderse, quince años más tarde, no llegaron a 50 mil pesos.[6] Este desastre productivo tuvo lugar tras el traspaso de la propiedad y de la dirección de los Padres a la administración pública, que trajo como consecuencia el abandono de los indios conversos residentes en las Misiones, y con ello la ausencia de esa mano de obra, mucha de ella ya con alguna especialización agrícola-ganadera-artesanal. En 1818 se calculaban en 15.000 indios trabajando en las Misiones, en 1829 quedaban 4.500; y para 1847 únicamente un puñado de indios, generalmente mayores y ancianos, por su relación personal con el Padre de la Misión, si éste continuaba el culto.

El abandono de los indios de las Misiones tuvo varias causas, siendo una muy importante la presión y los conflictos que sufrieron los indios

por parte de los soldados de ambos bandos, principalmente independentistas y piratas rebeldes; de ahí que hubo una notable marcha de indios neófitos desde 1818 a 1823. Ahora la principal fue la secularización de las Misiones y el nuevo régimen de propiedad bajo nuevos amos. Es cierto también que influyó otro hecho: el nuevo régimen político mexicano y la nueva ideología liberal –muy positivo en sí mismo– como fue la „emancipación" de los indios que permitió legalmente la ruptura de relaciones patrón/cliente con sus antiguos amos, abandonando su trabajo. No hay porqué dudar de las buenas intenciones de estos gobernantes e ideólogos, pero bajo la „proclama de libertad" muchos de ellos lo que deseaban eran los ranchos y propiedades de lás Misiones y las tierras comunales de las tribus indias. Históricamente parece probado que para los indios la proclamada libertad y desamortización de las Misiones fue una experiencia negativa con un resultado de mayor explotación y sumisión que en la estructura paternalista de las Misiones, un autor tan autorizado e inependiente como Leonard Pitt dice textualmente:

> „In the eyes of the 'gente de razón' Indian liberation had succeeded famously, but for the Indians themselves it was a painful experience. The neophytes were torn tragically between a secure, authoritarian existence ad a free but anarchic one. Those who had spent their lives in the shadow of the Cross often rejected the proffered liberty, not out of fear of the Padres' wrath but of the uncertainties of the outer world".[7]

Para muchos indios la ilusoria libertad concedida sólo les sirvió para ser una mano de obra barata aún más explotada, vivir en un mundo más complejo donde eran más discriminados racial y socialmente, trabajar de siervos en los nuevos ranchos u ocupar el estrato más ínfimo y despreciado en los pueblos. „Even by the 1850 –afirma el mismo historiador L. Pitt– the neophytes remained a demoralized class, alternately a prey to disease, liquor, violence, submission and explotation".

La desamortización de las misiones trajo otras consecuencias además de las económicas, que serían cruciales para la historia de California y para todo el grupo de indo-hispano-mexicanos. Las comunidades misionales, fruto de un mestizaje cultural indio, hispano y mexicano, que estaban unidas por un sistema económico-religioso-cultural, en una

unidad de lengua y religión con toda la provincia, fue desintegrado ideológicamente y socialmente durante el gobierno mexicano. Esta mayor complejidad social, liberalización y secularización no hubiera tenido mayor importancia, como sucedió en el resto de México y en otras naciones independizadas hispanas, si no hubiera existido la posterior e inmediata ocupación de California por los Estados Unidos. No se ha insistido lo suficiente en que sociológica, cultural, política y económicamente *la secularización y la desintegración de las comunidades misionales hispanas facilitó la dominación posterior yanquee,* no sólo con nuevos propietarios no hispanos, sino *la más fácil dominación política, y sobre todo cultural-lingüística.* Puede razonablemente afirmarse que de haber continuado el sistema misional con sus comunidades *indo-hispana-mexicanas enlazadas económico, cultural y lingüísticamente* en un sistema integrado como el de las Misiones, la historia de California – incluso con el descubrimiento del oro, la emigración y la dominación yanquee – se hubiera desarrollado de otro modo; aunque es de prever que los hispanos fueran un grupo minoritario, hubiera existido una mayor resistencia cultural-lingüística a los anglosajones, y una menor pérdida de poder político-social, e incluso económico de los californios.

Durante el gobierno mexicano, algunos yanquees comenzaron su poder económico, adquiriendo por unos pesos algunos ranchos de las Misiones; lo que es más importante, la sociedad californiana hispana ya estaba desintegrada en 1846 ideológica, económica y socialmente al haber destruido la estructura más firme, que era el sistema misional. Todo esto facilitó el dominio yanquee y lo más paradójico es que la étite propietaria y política hispano-mexicana, que aceptó y se anexionó esperanzada a los Estados Unidos en 18846 – 48, a finales de la década de 1880 prácticamente no tenían propiedades ni ocupaban puestos públicos de importancia. Esta élite de unas 45 familias, que destruyó las Misiones para enriquecerse y para ocupar su rol de poder sociopolítico, y que se ilusionó con la ideología liberal y con la cultura yanquee, fue a los 30 años destronada, desposeída y despreciada por la nueva población anglosajona, a la que ellos abrieron las puertas. De no haber secularizado las Misiones, siempre hubieran podido tener unos aliados, como la Iglesia Católica y las comunidades culturizadas indias, que les hubieran ayudado en competir con la sociedad anglosajona; pero ellos desarticularon, empobrecieron y despreciaron mucho antes a sus posibles futuros

aliados. Con todo ello la cultura, lengua y presencia indo-hispana-mexicana llegó a su ocaso, aunque siempre han permanecido algunas semillas hispanas entre las cenizas.

La primera Constitución de California de 1849 fue escrita en castellano, pero la segunda Constifución de finales de los ochenta ya sería promulgada en inglés. Por varias décadas se conservaron los „jueces de campo", desapareciendo después esta institución; igual pasó con otras normas jurídicas, referentes principalmente a derechos de aguas, deslindes, pasos de veredas, etc. En 1855 se promulgó una ley – llamada *greaser law* – prohibiendo los domingos las carreras de caballos, las peleas de gallos, la venta de cerveza y las corridas de toros; y así poco a poco fue desapareciendo la presencia hispana. Expresión de esta soterrada confrontación entre hispanos y yanquees son los conflictos famosos de los llamados „bandidos" como Joaquín Murieta, el californio Tiburcio Vázquez y el caso de linchamiento a muerte de la joven embarazada Juanita que mató a un borracho extranjero.

La segunda generación de jóvenes californios ante esta situación esquizofrénica de verse despreciados y dominados en su tierra, unos tomaron el camino de la asimilación forzada a la cultura anglosajona, otros resistieron en cerrados círculos familiares hispano-mexicanos, y otros tomaron el camino de la huida por la borrachera o por la senda del crimen y bandidaje. En el Sur de California siguieron hasta finales de los ochenta núcleos hispanos, como en Santa Bárbara e incluso en Los Angeles que para 1878 seguía siendo una pequeña ciudad mexicana con unos 10.000 habitantes, en la que casi la mitad hablaban castellano. También en las „rancherías", alejadas de la ciudad, se conservó mejor la cultura hispana, sobre todo en torno a toda la *subcultura del rancho,* utilizándose por mucho tiempo algunos usos y términos castellanos, como los siguientes: rancho, vaquero, rodeo, mecate, morral, bozal, reata, remuda, corrida, lazo, cinchas, látigo, estampida, corral, sombrero, mesa, cañón, barranca, domador, alazán tostado; y otras designaciones de caballo como palomino, moro, pinto, potro, azulero, canelo, cebruno, tordillo, barroso; también caporales, jinetes, pastores, zanjeros, caballo fregado, acequias, pozos, veredas, patrón, cargador, herreros, arrieros, cargas, atajos, aparejos, alforjas, tapaojos, almohazo, camino; es decir un lenguaje propio de la nueva relación con el territorio (agri-cultura) y con los animales (ganadería) que los Padres habían llevado a California.

En las ciudades, y sobre todo en el norte de California, la dominación de la cultura y modos de vida de los yanquees era mucho más fuerte; fueron unos 100.000 los emigrantes que llegaron en 1849 y en 1850; de ellos 80.000 yanquees, otros 7.000 europeos de varias nacionalidades, 8.000 mexicanos, 5.000 latinoamericanos; por entonces se calcula la población de californios era de unos 15.000 más los indios aculturados.

Esta invasión de emigrantes y el nuevo status político de California como un estado más de la Unión U.S.A., produjo dos bloques antagónicos: *hispano/yanquees;* y lo paradójico fue que los recién llegados identificaron por igual a todos los hispanos, sin establecer demasiadas diferencias —como lo hacía el grupo hispano— entre „gente de razón", blancos, mestizos, más o menos indianizados o negros; a todos los metieron en el mismo „saco" y comenzaron a discriminar a todos —incluida a la élite— como *greaser* y *sucios cholos;* todo lo que sabía, olía o sonaba a indo-hispano-mexicano era discriminado por el mismo prejuicio racial y étnico; con ello un racismo más duro y salvaje entró en California. El escrito del periódico *San Francisco Herald* del 26 de febrero de 1859 es un botón significativo de muestra: „Californios are degraded race; a part of them are so black that one needs much work to distinguish them from Indians, there is little difference between them and the Negro race".

No es de extrañar que algunos jóvenes despiertos, hijos de la élite de californios, se dieran cuenta pronto de la trampa en que sus padres los habían metido y de las promesas rotas, que el joven y liberal país de los Estados Unidos les había proclamado; el joven californio de 20 años, Francisco. P. Ramírez, director del periódico hispano *El Clamor Pública* escribía el 2 de agosto de 1856 un Editorial titulado „¡Oh fatalidad!", que decía „Los mexicanos han sido víctimas de la furia de un pueblo loco... Esta es la 'libertad e igualdad' de nuestra adoptiva tierra... California se ha perdido para todos los hispanoamericanos". Los jóvenes más críticos sintiéndose traicionados, lamentaban la pérdida de „nuestra tierra y nuestra patria California", pero la mayoría se esforzaba en „agringarse" y las muchachas, si podían, en casarse con yanquees. Todo el proceso de lucha y despojo de los hispanos en California ha sido silenciado o profundamente falseado en la *mitología del Oeste,* predicada a los cuatro vientos principalmente por la fábrica opiacea de Hollywood en sus

películas de las cláááásicas „westerns". Igualmente la literatura norteamericana ha menospreciado la saga de los indo-hispano-mexicanos en esa época de la historia, atribuyendo la pérdida de California a la desidia de los hispanos, a la superioridad anglosajona de trabajo y de organización, o al providencial „destino manifiesto". Unicamente a partir de los años veinte y treinta del presente siglo comenzó un movimiento de „nostalgia" y búsqueda de raices de California, que impulsó la reconstrucción de las Misiones, pero se exaltó únicamente el lado romántico-español, desgajándolo de su verdadero contexto que fue la empresa hispana-indo-mexicana todo su dimensión evangelizadora-cultural-social-económica-política.

Pero toda flor y todo fruto deja sus semillas... que pueden revivir, revitalizarse y resurgir. Este florecimiento de la cultura hispana-mexicana vendría de nuevo en el siglo XX con las oleadas de emigrantes mexicanos a California, primero al terminar la Revolución campesina en 1920, y posteriormente con las grandes oleadas de braceros en los años cincuenta hasta nuestro días. Ellos trajeron de nuevo la lengua castellana, la religiosidad católica popular, el folklore, los modos de vida y costumbres, haciendo fuertes comunidades en los barrios de las grandes ciudades como Los Angeles, proclamando con orgullo su identidad en los liceos y universidades, revisando y re-escribiendo la historia hispana de California en sus poesías, murales, obras de teatro y literatura, canto y danza. La marcha a Sacramento, capital del Estado de California, en Pascua de 1966 de los campesinos en huelga en el Valle de San Joaquín, llamada „Peregrinación, Revolución y Penitencia", portando el estandarte de la Virgen de Guadalupe, patrona de la Asociación Campesina militante bajo el liderazgo carismático de César Chávez, puede ser un símbolo de este renacer mexicano en California, proclamando en castellano „Pedimos y tenemos el apoyo de la Iglesia en lo que hacemos; al frente de la Peregrinación llevamos la Virgen de Guadalupe porque ella es nuestra, toda nuestra, Reina de los Mexicanos."

Y este movimiento de revitalización cultural hispano-mexicana llegado a las comunidades católicas, que exigen en Estados Unidos para los hispanos un catolicismo según sus tradiciones, y no una imposición de modelos irlandeses, polacos o anglosajones; es una revitalización y recreación de las viejas comunidades indo-hispana-mexicanas adaptadas

a nuestro tiempo en el corazón de la sociedad más compleja y desarrollada económicamente del mundo y en la región californiana, epicentro de esa sociedad opulenta. De esta forma el *ayer* y el *hoy* se han entrelazado y se ha revistalizado la cultura indo-hispana-mexicana en California.

NOTAS

1. Calvo Buezas, T. *Los más pobres en el movimiento campesino chicano* (Madrid, Ediciones Encuentro, 1981).
2. Carey McWilliam: *Factories in the field* (Santa Barbara and Salt Lake; Peregrine Publisher, Inc, 1971). Del mismo autor, *Al norte de México* (México, ed. Siglo XXI, 1972).
3. Leonard Pitt, *The Decline of Californiani: A social History of the Spanish Speaking Californians* 1846 – 1890. (Los Angeles, University of California, 1970).
4. „Las propiedades de todo género que pertenecen a los Mexicanos... serán respetadas inviolablemente" (Artículo VII) „Serán mantenidos en el gozo de su libertad, de su propiedad y derechos civiles" (Art. IX). Tratado de Guadalupe Hidalgo 1848.
5. Sergio Elizondo, *Perros y Antiperros* (Berkeley, Quinto Sol Publications, 1972).
6. El valor de los 8 millones de acres y bienes de las misiones en 1830 está contenido en la obra de C. McWilliams, *Al Norte de México... op. cit.*, p. 98. El precio de la venta de las misiones está tomado de Don J. Baxter, *Missions of California,* San Francisco, P. G. H. E. Progress. 1976.
7. L. Pitt. *The Decline of Californios...* op. cit., p. 9